

"LAS TRIBULACIONES DE UN ESTUDIANTE EMPRENDEDOR O COMO MONTAR AEROTEC 99"

(El autor asegura que cualquier parecido que pueda producirse con la realidad es pura coincidencia)

Aquel estudiante era un tipo bastante normal. Llevaba una vida ordenada. La mayor locura que había cometido había sido matricularse en la ETSI Aeronáuticos, pero, una vez superados los primeros cursos, había acabado por aceptar su destino con estoica resignación. Durante mucho tiempo había pensado en colaborar en alguna actividad que le distrajera del continuo trabajo escolar. En cursos anteriores, le impresionó la iniciativa de algunos compañeros que habían organizado una exposición de temas aeronáuticos. ¡Qué tíos! -se decía- ¡Si saben hacer algomás que empollar...!. Un día, se enteró de que algunos compañeros estaban pensando en organizar ASTROTEC 79; se presentó en una reunión previa, a enterarse de cómo funcionaba aquel tinglado. Las perspectivas que le presentaron formaban un desolador cuadro de desastres académicos, frustraciones personales y desilusiones sin límite. ¿Como cuantas horas semanales podría llevarse la organización de todo eso?, preguntaba, obteniendo como respuesta las sonrisas conmiseratorias de sus compañeros avezados.

Después de algún tiempo de meditación, el estudiante resolvió colaborar en el montaje de ASTROTEC (!Que se bombe el curso...!). Descubrió, junto a los pocos locos que se le unieron, los informes, legajos, programas, fichas y documentos concernientes a ASTROTECS anteriores que sus predecesores les habían dejado en herencia. Con más despiste que un primerizo en clase de Algebra, comenzaron a trabajar. Al principio, la inexperiencia les llevaba a despreciar olímpicamente a todas las posibles empresas expositoras que que no tuvieran una relación al 100% con la aeronáutica. Dos meses después, viendo que no sacaban de la exposición ni para viajar a Aranjuez, se producía la inevitable llamada al director Comercial de la empresa Plásticos Finos del Pirineo, S.A., que fabricaba el más peregrino componente de cualquier artilugio inútil de un avión, deplorando la lamentable incompetencia del servicio de Correos, que al cabo de dos meses les había devuelto una presunta carta de presentación dirigida al Director General de la empresa. Ante tan descarada falacia, el estudiante no tenía más remedio que poner cara de San Antonia de Padua ante el teléfono para no caer en un tremendo complejo de hipocresía.

Cuando, pasados unos días, se vió que el negocio comenzaba a funcionar, se fueron uniendo más compañeros ansiosos de complicarse la vida malamente. El estudiante con más cara de organizador, sugirió repartir al personal en tres campos de acción: Empresas (los expertos en cuestiones de negocios, bien provistos de don de gentes, personalidad arrolladora y presencia exquisita), Publicidad (expertos en relaciones públicas y dotados de una labia sublime), y Administración (organizadores natos). Una vez hecha esta distribución, se concretó el sistema de gestión, absolutamente democrático y asambleario, que había de regir todas las decisiones a tomar.

Con tan sólida infraestructura y con el amplio apoyo de los estamentos de la Escuela, las cosas comenzaron a funcionar. A nuestro estudiante, que se había apuntado en el grupo de empresas, le llegó el día de su primera visita. Había repasado concienzudamente toda la información que había de llevar, pero aún así se preguntaba ¿Y si este tío me pregunta por la categoría moral de los visitantes de años anteriores? ¿Y si me pregunta por el número y calidad de extintores por metro cuadrado de exposición?. Llegado el momento crucial, se disponía al encuentro bien provisto de chaqueta (su puesta en escena no llegaba al límite de ponerse corbata), y maletín conteniendo los "documentos" necesarios. Al llegar, la espera correspondiente: "Don Fulano está reunido, aguarde una media hora"; "Enseguida le recibirá, siéntese un momento"; "¿Y como dice que se llama?"; "¿Conque de la Escuela...?". Por fin, el empleado de relaciones

públicas le recibía. No preguntaba ni la décima parte de cosas que el estudiante llevaba preparadas, y sí algunas que jamás había sospechado. Aún así, al empleado le caía bien el nerviosismo del estudiante, e incluso se sorprendía de su eficacia: "Ah, pero trae usted incluso el contrato?" "Claro, claro, y si quiere lo firma ahora mismo" "No, deje, no hay tanta prisa". El empleado sonreía y la entrevista dejaba una puerta abierta a la esperanza del estudiante.

Algunas semanas más tarde, cuando el trabajo ya sigue su curso normal de improvisaciones, la armonía entre los organizadores es la nota más destacada que lo rige: "Propongo que se expulse de la organización al tipo este que jamás aparece por aquí"; "Propongo que nombremos madrina de la exposición a la nieta de Lola Flores" "¿Y por qué no al obispo primado, cretino?"; "A ver qué pasa con la gente de Administración, que no pega ni clavo"; "Aquí este tío todavía no ha hecho ni una visita" "Como que estoy en la Comisión de Festejos, desgraciao", etc. El agotador trabajo de organización se complementa con delirantes campeonatos de mus y siete y media en la oficina. Mientras tanto, el estudiante, que ya va acostumbrándose a los encuentros a alto nivel, se dirige a las reuniones sin chaqueta e incluso sin peinar, tutea a los ejecutivos y alterna con sus secretarías, pero los contratos en firme brillan por su ausencia. Así, mes y medio antes de inaugurar, contempla los planos de las salas de exposición como una amplitud desierta, solo comparable al Sahara. ¿Y si representamos piezas cómicas en los enormes espacios vacíos?, piensa, y los sinsabores y preocupaciones provocan que amanezca algún día en la oficina, anegado en llanto.

Un día, una sorpresa solo comparable al aprobado general en Cálculo Infinitesimal: se presenta un americano genuino, enviado desde Cincinnati por Mc. Plómbez Corporation, para interesarse por la exposición. Visita las salas, que no habían sido barridas desde la inauguración de ASTROTEC 78, las fachadas descascarilladas, y ¡le gusta!. Es la internacionalización de la exposición; sus esfuerzos, traducidos a dimensión universal! Ello levanta la moral de nuestro estudiante hasta límites astronáuticos.

El día de la inauguración se va acercando, y los trabajos que acompañan a un montaje de esta envergadura son acogidos con entusiasmo por los estudiantes masoquistas: cargar descomunales embalajes, ponerse perdidos de polvo, recibir descargas eléctricas, angustiarse porque media hora antes de inaugurar aún están montando un stand... Diez minutos antes de someterse al martirio del discurso inaugural, el estudiante se viste de chaqueta (y corbata, en esta ocasión), y se dirige al despacho del director, a departir con él sobre el protocolo del acto inaugural. Concretado este, el acto se consuma con el inevitable nerviosismo que le impulsa a llamar "señora" al Señor Rector, "guateque" a la copa de vino español, y "SIBERIA" a una acreditada línea aérea.

Una vez superada la inauguración, el desarrollo de la semana ASTROTEC transcurre sin más complicaciones: las inevitables discusiones de la Comisión Ejecutiva provocan trece heridos de consideración; las sesiones académicas cuentan con una media de asistencia de diez profesores y dos alumnos; la prensa dedica a la exposición una atención semejante a la que presta a la recogida del espárrago en el Sudán; el día de la clausura, las cuentas de ASTROTEC arrojan un déficit de 553.472,50 pts, que lleva a algún miembro de la ejecutiva a presentarse, por motivos de salud, su irrevocable dimisión, renunciando a todo posible "beneficio" que pudiera desprenderse.

En resumen, tres semanas después de zanjar penas, el estudiante piensa que ha conocido gente muy interesante; ha adquirido una notable experiencia; tal vez pueda viajar hasta Guadalajara junto a sus compañeros, y posiblemente haya hecho alguna amistad duradera.

El estudiante, mientras medita en el maltrecho estado en que ha quedado su curso académico, cree que, a pesar de todo, la experiencia ha sido positiva.